

El término "secularización" designa un proceso de transformación cultural que se viene dando a lo largo de la época moderna. En la tradición medieval "siglo" -*saeculum* en latín- significaba el mundo profano contra- puesto al mundo religioso; y prácticamente todo lo profano y secular funcionaba bajo la tutela religiosa y clerical. A partir del siglo XVII se abre una nueva etapa: emancipación de lo secular respecto a lo religioso. Eso significa la secularización.

Como la modernidad, también la secularización tiene distintas versiones en cada región y en cada pueblo, pues se trata de una transformación que tiene lugar dentro de la historia y en distintos dinamisismos culturales. Por ejemplo, la secularización que hoy se está viendo en la sociedad cubana, es muy peculiar y bien distinta de la que tiene lugar en la sociedad española, como distinta es la historia en uno y otro caso. Mi punto inmediato de partida no es la situación cubana; soy consciente de su singularidad y de su complejidad; ya historiadores y pensadores de Cuba, durante los últimos años, vienen haciendo buenos análisis que son imprescindibles para un discernimiento adecuado. Parto de la situación española que, si bien puede resultar desconcertante para muchos, es bastante comprensible para quienes venimos nadando en el río de nuestra historia.

Aunque no es trasladable sin más a Cuba la secularización tal como está procediendo en la sociedad española, "la mayoría de edad", reclamo de la sociedad moderna, está ya en los

inicios del pueblo cubano. Y ese reclamo permanece antes y más allá de los distintos regímenes políticos que han vertebrado la historia de este joven pueblo.

Nuestro momento en el proceso de secularización

Desde la actual situación española, son distinguibles dos etapas en el proceso de secularización que aquí, a diferencia de otros pueblos europeos, se han dado con muy poca diferencia de tiempo.

Una primera etapa es "la secularización de la sociedad" que, arrancando de la Ilustración en el siglo XVIII, se concretó en la evolución democrática, afirmación de los derechos humanos, desarrollo de las ciencias y autonomía del pensamiento filosófico. En la nueva cultura la religión pierde su función hegemónica que tenía, en el antiguo régimen, sobre los ámbitos seculares. Política, economía, e incluso ética se van emancipando de la tutela religiosa y clerical. No desaparece la religión pero queda relegada al sentimiento del individuo en una sociedad pluralista. La sociedad moderna no transmite la fe cristiana sino la libertad religiosa.

En una segunda fase la secularización está teniendo lugar no sólo en la vida pública sino en la misma vida privada. Hoy los individuos se alejan de las formas heredadas del cristianismo, pues en ellas sus aspiraciones no encuentran respuesta. Se está dando un distanciamiento masivo respecto a las instituciones religiosas,

aunque no desaparece la búsqueda de espiritualidad en una mezcla confusa de creencias y prácticas.

Qué pensar desde la fe cristiana

Sólo a modo indicativo apunto algunas referencias para evitar juicios precipitados.

Autonomía de las realidades profanas respecto a la religión. La política, la economía, incluso la ética secular, tienen su propia consistencia y sus propias leyes. Así lo reconoció el Vaticano II: "Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta necesidad de autonomía.

No es sólo que lo reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar, con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte".

Salvaguardando la dimensión de trascendencia, la autonomía de las realidades seculares se vuelve contra la humanidad y contra la misma creación cuando arrasa el sentido de ultimidad esperada y cierra la dimensión trascendente que, para los cristianos, significa referencia saludable al Creador. Así lo matiza tam-

Interpretar la secularización desde la fe cristiana

Por JESÚS ESPEJA, op

bién el Vaticano II: “Si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creado, no hay creyente alguno al que se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece”.

Momentos de crisis y purificación de la Iglesia

Empleo el término “crisis” en su raíz etimológica: oportunidad para discernir y cambiar. Apunto dos artículos centrales en este discernimiento y para el cambio necesario.

Primero, respecto a la imagen de la divinidad. Con frecuencia incluso entre los cristianos prevaleció una imagen falsa de Dios, colocado en la línea de las causas creadas aunque más elevada: enviaba enfermedades como castigo y curaba como un médico más poderoso que los corrientes; aseguraba la prosperidad económica y garantizaba las buenas políticas. El proceso de secularización nos permite concluir que Dios es siempre mayor, que no interviene sólo de cuando en cuando y arbitrariamente, sino que está dentro de la humanidad y del mundo, “dando vida y aliento a todo”. Y esta percepción de Dios exige “mayoría de edad” para los seres

humanos que no necesitan recurrir a Dios y a la religión para conseguir sus objetivos seculares.

Segundo, respecto a la presencia pública de la Iglesia en la sociedad. A mediados del siglo pasado, al ver ya el adelantado proceso de secularización en países europeos, algunos sociólogos vaticinaron la reclusión de la fe y de la religión en la vida privada.

Pero ese diagnóstico queda desmentido por fenómenos bien palpable en las últimas décadas: revolución islámica en países musulmanes, influencia de la teología de la liberación en América Latina, Sindicato Solidaridad en Polonia, influencia del fundamentalismo protestante en los EE.UU. etc.

Luego la secularización no conlleva sin más reclusión de las religiones a la vida privada. Por lo demás, como la fe cristiana proclama una nueva humanidad y postula una organización social conforme a la misma -eso quiere decir el símbolo “Reino de Dios”-, a la misma entraña de esa fe pertenece una presencia pública y una incidencia social. Pero ¿qué tipo de presencia pública es el aceptable?

Y aquí viene la necesidad de fino discernimiento. Podría ser una presencia pública a nivel de Estado confesional como sucedía por ejemplo en

el nacionalcatolicismo; esta presencia ya es impensable después del Vaticano II.

Otra posibilidad es que la Iglesia se vincule a un partido político; pero ya no sería Iglesia para todos. O sencillamente que la religión, en nuestro caso la Iglesia, asumiendo la no confesionalidad del Estado y respetando la autonomía de la gestión política, sea un grupo más dentro de la sociedad civil, diga su palabra sobre las cuestiones sociales y sobre todo en la forma de vivir de sus adeptos, los gestores en los distintos ámbitos seculares puedan ver un signo para buscar soluciones más humanas.

Volviendo los ojos a la situación de Cuba

Tengo la sensación que estos planteamientos ya están presentes tanto, en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, en intervenciones documentos de los obispos cubanos y en las muchas intervenciones del cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, como en sociólogos cubanos como Aurelio Alonso.

El cambio de un “Estado ateo” a un “Estado laico”, que se ha dado en la evolución del régimen socialista, tiene un profundo calado que tal vez no ha tenido la suficiente y necesaria digestión ni en muchos miembros del Partido Comunista de Cuba ni en muchos miembros de la Iglesia.

Quizás estas notas redactadas desde la situación española, puedan sugerir la complejidad del tema y ser aliciente para un necesario, sincero y serio diálogo en la búsqueda de un venturoso porvenir para el pueblo cubano.



...la autonomía de las realidades seculares se vuelve contra la humanidad y contra la misma creación cuando arrasa el sentido de ultimidad esperada y cierra la dimensión trascendente que, para los cristianos, significa referencia saludable al Creador.